

JULIO LLAMAZARES

Los escritores somos como mineros de la memoria

Teresa Gamarra Chopo y M^a Victoria Benito Morales



la]

La visita de Julio Llamazares al IES "Pablo Serrano" nos dio la oportunidad de realizar esta entrevista con la que pretendemos acercar a un autor de gran calidad literaria a los lectores del BCI.

Muchas de sus narraciones remiten casi siempre a una época y a unas formas de vida relacionadas con su infancia, con aquella España de los años cincuenta y sesenta a la que vuelve una y otra vez. Ha convertido el recuerdo en materia de su escritura y éste

necesita un tiempo para crecer. ¿Es lo que explica que sus novelas y relatos no tengan relación con asuntos de ésos que tópicamente se llaman de "rabiosa actualidad"?

Creo que se escribe literatura desde dos ópticas, desde lo que no tienes y desde lo que has perdido. Tú escribes, pues, desde la memoria y desde el deseo y es verdad que se necesita un tiempo dilatado para crecer el recuerdo. Lobo Antúnez dice que la imaginación no es otra cosa que la memoria fermentada. Creo que se escribe partiendo de la memoria, que la literatura surge de la fermentación de la memoria, lo que no quiere decir que uno siempre

tenga que escribir del pasado, uno está escribiendo del presente pero muchas veces mirando hacia otro tipo de experiencias. Lo que ocurre es que poco a poco te vas alejando. Por ejemplo, la novela que he terminado recientemente, *El cielo de Madrid*, se sitúa en el último cuarto del siglo XX, entre el año 1975 y el 2000 y en una ciudad, Madrid, y es mi propia experiencia (no es que sea autobiográfica) de lo que viví en esos años, de lo que vivió otra gente.

En ese sentido, siempre que me preguntan, digo que los escritores somos como los mineros: la literatura, o sea el carbón, se forma porque los vegetales se pudren bajo la tierra y al cabo del tiempo vienen los mineros, sacan el carbón, separan la escoria del carbón... Pues con la literatura, lo mismo: los recuerdos se pudren en la memoria, van fermentando y se convierten en literatura y tú lo que haces es excavar como un minero, trabajar, separar... Yo creo que los escritores somos como mineros de la memoria.

Usted dice que *Luna de lobos* parte de lo que había escuchado en su casa, en su pueblo, pero que le había dado la estructura de una novela del oeste.

La novela se nutre de las historias que a mí me contaban de pequeño, de los que allí llamaban "los del monte". Me crié oyendo historias que pensaba que eran cuentos. Además, cuando se ponían a hablar bajaban la voz porque era algo prohibido, con lo cual se creaba una magia especial. Tenías que quedarte escondido por ahí para que no te vieran. Era la magia de la narración oral en sentido pleno. Dice Faulkner que todo escritor, en su primera novela, intenta contar los cuentos con que lo dormían de niño, y en mi caso es verdad y no porque me lo propusiera, sino porque, la primera vez que se me ocurrió escribir, conté una de las historias de *Luna de lobos* que me contaban a mí de pequeño y que me fascinaba, que era un atraco que hubo. Entonces empecé a escribirlo, empecé todo como a fermentar y escribí *Luna de lobos*. De hecho, ese capítulo no es el arranque, está como en medio de la novela.

Lo de novela del oeste no lo hice voluntariamente. Yo vivía en un pueblo minero de León donde no había ni libros; los que hubiera en casa de mi padre, que era maestro, y cuatro más. Y entonces era lo que leía fundamentalmente.

Me crié leyendo novelas del oeste, que era lo que cambiábamos con los chavales. Les debo mucho, porque la estructura de *Luna de lobos* es la de un western español. *Luna de lobos* le debe mucho a los relatos orales que contaba allí la gente en las noches de invierno y a las novelas del oeste que leía de pequeño.

¿Y para no escribir sólo del pasado es por lo que también se dedica al periodismo?

No, no es una cuestión de que el periodismo sea presente y la literatura sea pasado, no es así. A mí me gusta mucho el periodismo y la literatura... Yo creo que el periodismo y la literatura son dos caras de la misma moneda, o sea, donde acaba el periodismo empieza la literatura. El periodismo es que hay un hecho, lo cuentas y es una noticia. La literatura comienza cuando alguien empieza, a partir de ahí, a imaginar. A mí me gusta estar en los dos lados, no puedes vivir siempre en la ficción o en la realidad, me gusta mucho la frontera entre el periodismo y la literatura. Tú siempre incorporas tu experiencia, tu punto de vista, por muy objetivo que quieras ser, porque no ves las cosas igual que uno que ha lle-

vado una vida radicalmente distinta a la tuya y entonces, en el periodismo, todavía hay una especie de pacto de apariencia de objetividad, pero en la literatura ya directamente asumes la subjetividad.

En *Luna de lobos* no intento hacer una historia objetiva del maquis. Yo, directamente, me meto en la piel de un maquis y lo que siente y lo que piensa intentando imaginar y ése es el territorio de la libertad absoluta. Pero no porque sea en pasado. Mi última novela pasa ahora, o sea, que no necesariamente...

En casi todos sus escritos aparecen unas constantes. La primera es la montaña, sea la de su tierra o la del Pirineo. La segunda es la relación del hombre con esa naturaleza que se convierte, paradójicamente, en prisión y en la que el hombre puede llegar a ser una alimaña más por la presión a la que se ve sometido. ¿Por qué esa reflexión sobre el hombre solo, sea guerrillero o único habitante de un pueblo en sus novelas *Luna de lobos* y *La lluvia amarilla*?

Pues, seguramente, porque pienso que estamos todos más solos que la una. Creo que el gran drama de todas las personas es que, en el fondo, estamos muy solos. No es que estemos solos en la vida, porque tienes tu familia, tus amigos, sino que estamos solos ante el absurdo de la vida y ante la eternidad. Por eso, al final, esa concepción de la soledad.

En *La lluvia amarilla* es la soledad de un pueblo en el que ya sólo queda uno, pero es que todos los días mueren en Nueva York no sé cuantos viejos solos, sin poder llamar a nadie. No hablo sólo de la soledad vital, sino de la soledad moral, de la soledad existencial. No es que lo haga premeditadamente. Cuando escribo de esas cosas y cuando escribo como escribo es porque estoy transmitiendo mi visión de la vida.

La novela última se sitúa en Madrid, y el protagonista se siente absolutamente solo. Seguramente es lo que pienso. Yo soy una persona que estoy siempre acompañado y que tengo muchos amigos, no me puedo quejar de nada, pero hablo de esa soledad final en la que tú sabes que estás definitivamente solo. Decían que en el momento de la muerte estás solo, yo creo que en el momento de la vida también.

Los viajes son otra de esas constantes, casi siempre por lugares fuera de las rutas convencionales: el Curueño de *El río del olvido*, el Portugal más escondido... ¿Qué le lleva a elegir esos caminos y qué busca cuando los recorre?

La autenticidad de la gente y del paisaje. A mí me gusta ir a esos sitios por los que no transita la mayoría de la gente. Por eso me gustan sitios como Teruel o como Soria, donde pervive el verdadero espíritu de un país.

Tú, cuando viajas a cualquier país, vas a los lugares que menos tienen que ver con él, que son los más transitados. Para conocer lo que es España, lo mejor es ir a la región menos transitada y más profunda, la España profunda. A mí me gusta más bien ir por caminos de esos a contrapelo, me gusta más ver la vida. Cuando viajo prefiero carreteras secundarias porque es donde está la verdad y la autenticidad y, cuando te paras y hay un señor allí, sentado en una piedra, pues tiene ganas de charlar. Cuando buscas la autenti-

JULIO LLAMAZA

Los escritores mineros de la

Entrevista con el escritor Julio Llamaza y el periodista Víctor Sordo

Entrevista con el escritor Julio Llamaza y el periodista Víctor Sordo. Llamaza habla de su infancia en un pueblo minero, de su experiencia como escritor y de su relación con el cine. Sordo pregunta sobre su obra y su visión del mundo. Llamaza responde que el cine siempre le ha apasionado y que la literatura y el viaje son parte de su vida. Habla de su infancia en un pueblo minero y de cómo el cine le ayudó a ver el mundo de una manera diferente. Menciona su libro *Esceñas de cine mudo* y su película *El techo del mundo*. También habla de su novela *Flores de otro mundo* y de su adaptación a la vida rural.

ciudad de los paisajes tienes que ir por carreteras secundarias, por lo menos es lo que yo pienso.

Empezó publicando poesías y pareció que abandonaba pronto ese género tras dos breves poemarios. Sin embargo, nunca ha dejado de hacer poesía: el cuidado del lenguaje, el gusto por el ritmo, la musicalidad, las imágenes,... abundan en su prosa indudablemente poética. ¿Moldes distintos para la misma forma de concebir la literatura?

Sí. Es que yo creo que lo que distingue la literatura de la escritura es la existencia o no de poesía. Que la poesía no es lo que la gente cree, que es lo que rima y... Es ese misterio, que no se puede explicar muy bien, por el cual las palabras significan más de lo que significan coloquialmente, conseguir que las palabras digan más de lo que dicen normalmente. Ese es el trabajo del escritor y esa especie de misterio del lenguaje, que se llama la poesía, es lo que diferencia para mí la literatura de la escritura. Creo que la mayoría de los libros que se venden en las librerías en España no son literatura, son libros que cuentan historias. Escribir es muy fácil, escribir bien es muy difícil. La literatura es poner, como decía Joseph Pla, detrás de cada sustantivo el mejor adjetivo posible y eso no se consigue a la primera. Por eso, porque no se consigue a la primera, Joseph Pla se entretenía en liarse él mismo los cigarrillos, para buscar los adjetivos.

Los colores, los juegos de luces y sombras, son esenciales en una obra de arte pictórica. En su prosa encontramos los mismos efectos logrados a través del arte de la palabra. ¿Puede explicarnos por qué tienen tanta importancia en su obra colores y luces, tan ligados a las descripciones del estado de ánimo de los personajes?

Normalmente, por lo menos alguno de los libros, los construyo basándome en las imágenes. Mi visión del mundo es a través de imágenes y la manera de transmitirlos, muchas veces, es con apoyos. En *Luna de lobos* debe de haber cientos de sinestesias, porque cuando estás viviendo en esa situación en la que tú eres el narrador en presente, se mezcla lo que estás oliendo, los ruidos de un disparo, ves una llamarada. Son imágenes porque todo ocurre así y entonces sirve muy bien ahí y eso es seguramente la poesía, la confusión de las imágenes, de los sentidos, de que oye las campanadas, que le recuerdan cuando oía las campanas del pueblo de niño, pero que no le suenan igual porque entonces le alegraban y ahora le entristecen. En fin... En la última novela, el protagonista y el que la cuenta es un pintor, está todo lleno de descripciones de



Madrid desde la ventana, ve al anochecer el cielo de Madrid, etc. A mí me gusta esa visión, porque al final es la que nosotros tenemos. A veces, para conseguir una emoción, una imagen te produce una emoción mucho más fuerte que una historia muy truculenta. Una gasolinera, al atardecer de un día de invierno, por la carretera de Utrillas a Alcañiz te puede producir una melancolía mayor que estar ante la tumba de tu madre. La melancolía que produce llegar a una gran ciudad al anochecer, cuando empiezas a ver todos los edificios, esa cosa inerte, y las luces,... puede ser muy superior. Y eso es por una imagen o por cómo sopla el viento. Por eso yo creo que muchas veces nosotros contamos el estado de ánimo a través de la descripción del paisaje, porque el paisaje es un espejo en el que te reflejas y nunca es igual para el que lo habita que para el que viaja por él, no es igual para el que le recuerda algo de su vida que para el que no le dice absolutamente nada.

El mundo exterior se cuele en el pueblo minero de su infancia a través de la pantalla del cine. Decía en su libro *Esceñas de cine mudo*, que fuera de su realidad inmediata no podía imaginar otro mundo que no fuera el que mostraba el cine. ¿Es esa fascinación lo que le ha convertido también en guionista de películas como *El techo del mundo*, donde retoma el tema de la necesidad de la memoria y *Flores de otro mundo*, en el que aparece la difícil adaptación a la vida rural?

Sí, es cierto que el origen está en mí. El cine siempre me ha apasionado. El cine, la literatura y el viaje..., y seguramente todo viene de aquel viejo cine de mi pueblo. Cuando tú vives en Olleros, que era un valle minero, allí en un pueblo del que no salías, la única manera de ver el mundo era a través del cine, o de imaginarlo, porque el mundo se acababa en aquel valle con montañas muy cerradas. La primera vez que salí de allí tenía siete años, para ir a León a que me operaran de anginas. Por eso la novela está llena de elementos como el cine, donde el niño intuye que hay otras cosas, y la radio, de donde le llegan voces. Recuerdo *Radio Andorra*: "Radio Andorra, emisora del Principado de Andorra", y la palabra "Princi-



pado" tenía una cosa como de cuento y una voz que me llegaba a mí como del país de las maravillas. "El Principado de Andorra" y tú estabas allí, en un pueblo perdido en la montaña de León...

La misma fascinación que producía el autobús. Entonces había dos cosas a las que asistía medio pueblo (aparte de la misa y demás), que era la llegada del autobús a las ocho de la tarde para ver quién venía. Los chavales íbamos también porque si venían paquetes para el bar o para la tienda y no venía a esperar el dueño, tú lo llevabas y te daba la propina. Con lo cual había peleas a veces para coger el paquete.

El otro momento era, a medio día, en un bar que estaba en el centro del pueblo. El señor Eloy era el cartero y tenía el bar y la gente iba allí a tomar el vino y a por el correo. El señor Eloy sacaba el saco, lo volcaba y lo iba leyendo en voz alta, como los niños de San Ildefonso; el cartero evitaba llevar muchas cartas y de paso ponía vinos y había un ambientillo allí...

Era la unión con el mundo y por eso eran fascinantes y muy literarios los personajes que salían fuera: el viajante que iba con el muestrario, el cartero que repartía y salía fuera, incluso los vagabundos que iban de pueblo en pueblo pidiendo... Y los afiladores...

En los días previos a su visita a Andorra, hemos comproba-

do algo que nos ha sorprendido. Cuando comentamos que iba a venir, varias personas se aseguraron de su identidad con esta pregunta "¿Llamazares? ¿El de *La lluvia amarilla*?" No decían "¿El de *Luna de Lobos*?", que, al fin y al cabo, ha contado con la doble popularidad del libro y la película. Y, luego, venía lo que puede ser la clave de la pregunta: "Por cierto, ¿qué vinculación tiene Llamazares con Aragón para elegir, entre tantos pueblos abandonados, uno del Pirineo de Huesca como escenario de esa obra?"

Pues cuando la situé allí no tenía ninguna vinculación personal. De hecho yo conocí Huesca ya con *La lluvia amarilla* casi escrita por la mitad. Más tarde elegí Ainielle porque coincidía con las descripciones que yo hacía en la novela y porque quería sacar un pueblo como homenaje. Luego sí he tenido muchísima vinculación, a raíz sobre todo de *La lluvia amarilla* y, de hecho, yo, en Aragón, me considero como en mi casa. Es muy curioso, en León (que me encanta y donde voy habitualmente) es donde peor me han tratado y, sin embargo, donde mejor me han tratado siempre es en Aragón, te tratan con mucho cariño y entonces aquí me siento muy bien. Decía alguien que la patria de un escritor es su literatura y parte de mi patria es Ainielle y Aragón y lo que significa ♣